

Gurnick

I

Volví a escuchar aquellos pasos. Primero eran lentos, tímidos, pero de pronto se volvían más intensos. Al final se convertían en auténticas carreras a lo largo del pasillo. Asustado, me tapé con una fina sábana y cubrí mis ojos con ella, a la vez que trataba de entender lo que ocurría. El grácil tacto de la seda en mi cara, lo único palpable bajo aquel manto tenebroso, me producía, como a un niño, una falsa sensación de seguridad. No obstante, era consciente de que una vez el débil y amarillento fulgor de la lámpara de la mesita rompiese la penumbra, todo volvería a la normalidad. No más pies arrastrándose, no más correteos por el pasillo, no más sueños extraños ni risas enlatadas. Silencio, el mismo que debía reinar a lo largo y ancho de mi piso de soltero.

Pero no quería darle al interruptor. Hoy no.

Me relajé, o al menos lo intenté. Cerré los ojos bajo la sábana y esperé con paciencia el momento. El sonido de los pies golpeando el suelo dejó de oírse, pero entonces aparecieron las risas. Esas diabólicas voces humanas amedrentaron más mis carnes. Tuve una última tentación de matar aquella oscuridad, de hacerla desaparecer para que la mudez invadiera el lugar, pero me contuve y seguí con la idea de llegar al fondo del asunto. No obstante, nuevas zancadas se combinaron ahora con las risas, logrando una variopinta escala de gradientes sonoros. Tragué saliva. El regusto de la cena, pan de molde con largas lonchas de jamón, me volvió al paladar. Mi estómago no estaba acostumbrado a ese miedo. El de nadie, lo más seguro, podía estarlo.

“Qué es lo que quieres...”, dije entre susurros... Pero sin apenas tiempo de recibir respuesta, y devorado por el cansancio del día, un sibilino sueño me invadió. De pronto, las garras del espíritu de las pesadillas me arrastraron hacia su mundo de oscuridad.

La penumbra, como en mi habitación, seguía presente en aquel escenario onírico. Me vi envuelto por un vacío inefable, el mismo que, excepto ayer, me había acompañado desde hacía un par de noches. Sentí otra vez su presencia entrando por cada poro de mi piel, un hálito angustioso proveniente del mismísimo averno y que se extendía por todo el lugar. El suelo estaba frío como el terrazo recién lavado. Mis desnudos pies así lo sentían, aun y pareciendo que no fuesen míos. Alguien, o algo, respondía por ellos y por todo mi ser.

Sin poder remediarlo, la escena se volvió a repetir y sufrí el yugo del lugar atándome a su entelequia. Me vi sometido bajo una irrealidad hipnótica, repitiendo las palabras: "Gurnick", "Gurnick" cada vez que la voz de aquel niño, el mismo que por la noche andaba, corría y reía por mi pasillo, me lo decía en primera instancia... Primero, lo oía en la lontananza, más allá de toda la oscuridad; después, y tras un reguero de pasos, lo sentía entre la penumbra y mi persona; y por último, en mi oído, entre susurros y con extrema lentitud, provocándome un vuelco en el corazón a la vez que el infante se alejaba de mí con presteza, dejando tras de sí el sonido de su risa y sus pisadas; sin tener oportunidad de responderle. Después, una luz cubría mi rostro, bañaba los alrededores y se clavaba en lo más profundo de mi alma hasta hacerme despertar. El intenso fulgor, sólo atenuado por la tímida claridad matinal que se filtraba entre las láminas de mi

persiana veneciana, me obligó a abrir los ojos. "Gurnick", "Gurnick", dije entonces entre estertores, con resquicios de ese poder hipnótico en mi mente y con un fuerte escozor alrededor de mis párpados. Era como si siguiera dormido, como si él no quisiera desprenderse de mí.

Pero la luz había vuelto, y Gurnick debía irse.

Cogí una bocanada de aire y tosí. El dolor de mis ojos menguó y, poco a poco, volví a respirar con normalidad. El tenue resplandor de la calle me provocó un efecto balsámico. Parpadeé un par o tres de veces y palpé la sábana con la que me había cubierto. Estaba empapada de sudor, y mi espalda parecía estar pegada a la colcha. Un hambre atroz y unas ganas intensas de beber agua también me invadieron... como el primer día, como cuando todo empezó. Sin embargo, preferí quedarme unos segundos más en la cama, tratando de entender lo vivido a lo largo de la noche.